

UNA NOCHE SIN DORMIR

Micaela Chirif

Joaquín Camp





LECTURITA EDICIONES

Para Raquel y el pequeño bebé en camino,
que seguramente nos dará muchas noches sin dormir. J. C.

Chirif, Micaela
Una noche sin dormir / Micaela Chirif ; ilustrado por Joaquín Camp. - 1a ed. -
General Pueyrredón : Lecturita, 2022.
40 p. : il. ; 27 x 19 cm.
ISBN 978-987-8455-16-7
1. Libro para Niños. 2. Literatura Infantil.
I. Camp, Joaquín, ilus. II. Título.
CDD 808.899282

© Lecturita Ediciones, 2022
© de los textos: Micaela Chirif, 2022
© de las ilustraciones: Joaquín Camp, 2022

Dirección editorial: María Celina Alonso
Diseño y diagramación: Paula Álvarez
Corrección: Gustavo Wolovelsky

www.lecturitaediciones.com
ediciones@lecturita.com.ar

Impreso en Argentina por Triñanes.
Primera edición: enero 2022.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, de ninguna manera y por ningún medio, sea mecánico o electrónico, por fotocopia, grabación o cualquier otra forma de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

UNA NOCHE SIN DORMIR

Micaela Chirif

Joaquín Camp





Anoche, Elisa, mi hermana pequeña, no paró de llorar. Empezó despacio, con un llanto suavecito y casi silencioso. Parecía un gatito.

Poco a poco, el sonido fue creciendo hasta que, en vez de una bebé, parecía un carro de bomberos.



Mi papá le hizo caballito por toda la casa y mi mamá le contó un cuento precioso lleno de estrellas, arcoíris y mariposas.

Elisa apretó los ojos y siguió llorando.



Tanto lloró Elisa que el señor Gutiérrez bajó en pijama desde el octavo piso y le trajo un libro reluciente.

Los gritos fueron tan estruendosos que hasta el mismísimo rey de la historia lloró con ella.



Lloró tan fuerte Elisa que la señora López subió desde el segundo piso con un ramo de flores y don Camilo bajó desde el décimo con un coro de pajaritos.

El llanto fue tan terrible que marchitó las flores y espantó a los pajaritos, que escaparon volando por la ventana.



Tan potente fue el llanto que se escuchó hasta en el otro lado del mundo.

Felizmente allá era de día y todos estaban despiertos.

Le prometimos viajes, dulces y tesoros.

La cargamos, la paseamos, la pusimos
cerca de la ventana para que mirara la luna.

La abrigamos, la desabrigamos,
le atamos un hilito rojo en la muñeca.

Le contamos secretos, saltamos en un pie,
pusimos caras de animales y nos disfrazamos
de frutas bailarinas.

Nada dio resultado.

Elisa lloraba como un diluvio y tres maremotos.



Así fue que pasamos toda la noche sin dormir.

LECTURITA ESCENAS





Muy temprano, nuestros vecinos llamaron a sus trabajos para excusarse.
—Me atropelló un avión —gimió el señor Gutiérrez ojoso.
—Me atacó un animal salvaje —se disculpó temblando la señora López.

—Estoy muy cansado —gimió don Camilo al borde del llanto.
Mi mamá y mi papá se olvidaron hasta de llevarme al colegio.
Yo, por supuesto, no dije ni pío.



Cuando dieron las ocho, llegó mi abuela, que está un poco sorda.

—¡Veo que hay fiesta! —dijo mirando a su alrededor—.
Hubieran podido invitarme.



—No hay fiesta —respondió mi mamá cansadísima—.
Es que no hemos podido dormir.
—¡Pues claro que hubiera querido venir! —refunfuñó mi abuela.

—¡Que Elisa lloró toda la noche! —gritó la señora López.
—Pues sí, hubiera venido en mi coche. Faltaba más.
En ese momento, mi abuela vio a Elisa.



—¡Elisa! —exclamó—. ¡Tus papás organizando fiestas cuando está clarísimo que lo que necesitas es una bicicleta! Todos pensamos que mi abuela se había vuelto loca.

Ella se acercó a Elisa, que seguía llorando, le tomó las piernecitas y empezó a movérselas como si montara una bicicleta en el aire. Despacito, despacito.



Entonces sucedió: Elisa se tiró un pedo colosal.



El pedo sonó como si en medio de la sala hubiera un avión despegando, nueve licuadoras funcionando a la máxima potencia, veintisiete secadoras gruñendo, cuarenta y dos teteras pitando,

noventa y ocho rasuradoras ronroneando, cuatrocientos cincuenta loros chillando y sesenta y tres leones rugiendo a más no poder. Todo al mismo tiempo y dos veces.



Después, Elisa sonrió como un angelito y se quedó dormida.

Yo sentí una gran admiración por mi abuela.

Cuando reinó el silencio, el señor Gutiérrez
cayó rendido y empezó a roncar.

La señora López se hundió blandamente
sobre una manta azul.

Don Camilo se rindió junto a las escaleras
mientras bajaba a buscar a su gata.

Mi mamá se recostó sobre un estante de libros.

Mi papá se durmió en el piso junto a ella.

Yo bostecé.





—Quiero un helado —dije—. Y una bicicleta de verdad.

—Ni hablar —respondió mi abuela, que había escuchado perfectamente—.

Tú lo que necesitas es una almohada.

Y la puso bajo mi cabeza justo a tiempo.



LECTURITA EDICIONES



Una noche, Elisa se puso a llorar.
Primero, despacio como un gatito.
Luego, tan fuerte que parecía la sirena
de un carro de bomberos.

¿Por qué lloraba?

Después de una noche entera
sin dormir, al fin lo descubrimos.

